—Está bien, señor—replicó el insultado; —tendréis que darme la razón bien pronto.

—No os temo—respondió el hacendado de las cañas con altivez.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las plantaciones, los esclavos - muy sobrexcitados por un gran vaso de ron, muy generosamente distribuído—no hablaban más que de honor ofendido, de honor á vengar, de dignidad herida, etc.

—Hay que vengar al amo—decían.

—Estamos prestos á morir por el buen amo —encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido á dar un paseo á la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

—

A la mañana siguiente, el hacendado del café envió la delegación de sus negros á declarar la guerra á su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

—Sobre todo, mis fieles amigos—dijo,—nada de excesivos. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.

—¡Oh amo! Quedad tranquilo,—respondieron los buenos negros;—nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado á sus buenos camaradas esclavos que no hiciesen concesiones y que estuviesen muy firmes.

¡Demostrad que sois hombres!—declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este nuevo calificativo de hombres, ellos, á quienes se acostumbraba á tratar como perros, los negros del café segundaban recibieron muy mal á sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron bandidos y ladrones—fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia—y la guerra fué declarada.

—

El día siguiente todo había terminado. En las plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse y sus cadáveres yacían juntos á los de sus compañeros. Otras negras, arrodilladas sobre el campo de matanza, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor—el hacendado del café—una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba á su muchacho, muerto á sus pies, y á su hombre herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

—¡Miserable!—gritó la negra; tú haber matado mi hijo.

—Es una gran desgracia—dijo el amo con dulzura;—pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

—Tú tener la victoria, nosotros no—replicó la vieja, con ira;—nosotros quedar esclavos, como antes.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido—declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—Tú nos has burlado con tu honor. Tú ser un asesino.

—Sí, tú ser un asesino—repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se ha sian aproximado. El amo pudo leer en sus ojos que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros sois ingratos y traidores—dijo con tono de juez,—y merecéis la muerte de los traidores.

Tiró del revólver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver de su hijo.

En seguida los que habían asistido á esta escena, llenos á la vez de miedo y de admiración, cayeron de rodillas.

—¡Oh amo!—dijeron—¡Buen amo!

—Levantaos—les dijo éste—Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales á vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron, satisfechos de pertenecer á un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales á sus muertos, cantaron cantos de victoria y bebieron ron; después, al cabo de ocho días, emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

—

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de las cañas de azúcar condujo á los sobrevivientes negros al campo de batalla.

—Mirad—dijo señalándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas, á su vecino vencedor;—mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha sido en contra nuestra.

—Buen amo—declararon los negros,—nosotros vengar nuestros camaradas muertos un día.

—Sí, amigos míos; tomaremos nuestra revancha cuando el momento sea propicio. Entretanto, haced hermosos funerales á vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros sobrevivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar la revancha. Hicieron hermosos funerales á sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

—

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos vienen á ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros, ó cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo, mientras juegan á las cartas, y con pretexto de la faja de terreno á defender ó á reconquistar, ó con pretexto de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los rebaños de negros, que han sido bajo por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también, después de una batalla, los dos hacendados, saboreando una taza de excelente moka—con el café del uno y el azúcar del otro—se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

MAGDALENA VERNET

Y... á mí... qué?

Reflexiones de un bohemio

Otro año y otro y después otro, y un *Mundo* de años corriendo vertiginosamente por el Tiempo, que llega, pasa y vuelve otra vez con la mismísima monotonía de las vulgaridades de la vida.

«Todo está igual, parece que fué ayer.» Este bohemio reflexivo no debió morir nunca, porque dijo una gran verdad, la única que admiro y que siento en mí.

¿Es difícil de lo fácil es hablar fácilmente sin dificultad, así como lo más sencillo no es más que la sublimidad de lo que nadie sabe. ¡Si Colón hubiese sabido que muchos *pollos* se iban después á dar pisto con el huevo de su gallina! Nos anuncian algunos rotativos la publicación de «hojas selectas» para contarnos las travesuras de un año muerto... ¡Oh, quién pudiese leer las páginas vibrantes de un año vivo!... Guerras, catástrofes, desolaciones, hambre, miseria, el grisú vomitando copas de fuego sobre pobres mineros y el mar arrojando copas de nieve sobre pobres pescadores, dos elementos contrarios y que se unen para destruir; el padre sin hijo, el hijo sin padre, la viuda mendigando caricias en el regazo del amigo de su esposo, el golfillo husmeando en la basura el hueso roído de la cortesana del burgués.

Maura, Moret, Romanones, el Nuncio, la escarlatina, la ley de asociaciones, el Concordato en cueros, la sopa de los conventos, la bolsa del traile, el endurecido corazón de las hermanuncas, las garras del jesuita y la poca ropa de Weyler...

¡Y eso es un año! ¡y todo ese montón de cosas, inservibles todas, cada una en su esfera, con su color propio y su categoría especial, se me presenta para recordar que voy siendo viejo y... que hemos perdido todos ó casi todos un año y la vergüenza!

¡Y para esto se me arrancan las hojas del calendario de mis ensueños! ¡Y para esto vivo!

¡Mundo esclavo, si no tienes la virilidad suficiente para arrancar de un tirón la efeméride de un siglo ó más, resígnate á morir bajo las escarchas del frío Enero de tu impotencia!

—

Todo el pasado, toda la podredumbre y miseria de los años que corren; el 1907 que llega cubierto de oxremento social; todo eso que dicen por ahí, de sables, tambores, zambombas, guitarritas, nacimientos y Belenes, y... á mí, qué; si soy un bohemio que escupe y sonríe al ver la imbecilidad humana correr tras de los magos del dinero y de la charlatanería un año, y otro y otro!

.X.

Tribuna de los encarcelados

Abrimos desde hoy esta sección en el periódico para que en ella tengan cabida las quejas, las lamentaciones, los arranques sinceros de los que sucumben agobiados en cárceles y presidios ante la indiferencia de una sociedad estúpida que corriges en lugar de prever, que castiga en vez de instruir.

Deterministas por convicción, negamos en absoluto que exista el tipo criminal, cuyo estudio ha servido para emborronar muchas cuartillas á todos los Lombroso que en el mundo han sido y son panegiristas del delito y evocadores de la pena; creemos en conciencia que el criminal no existe y mucho menos el criminal nato que ha servido de pauta para decir muchas tonterías á algunos desequilibrados literatos y á muchos fósiles del Derecho Penal. El hombre es propenso al bien por Naturaleza, y sólo en ocasiones se aparta de él porque la sociedad, con la que convive, le empuja á toda suerte de desafueros para asegurar la existencia, para conquistar el mendrugo de pan, para adquirir lo que le falta ó lo que se le niega.

El día en que el hombre pueda desenvolverse con entera libertad, es decir, sin traspasar el límite de la libertad ajena; el día en que tenga garantido por su trabajo, y el de todos, el derecho á la vida, que es el más elemental de todos los derechos; el día en que sea verdaderamente instruído y sociable, es decir, inteligente y bueno, porque nada habrá que se oponga á que sea lo uno y lo otro; el día, en fin, en que sea hombre, en la más completa acepción de la palabra, sin amo que le explote, sin juez que le encarcele y sin dómine que le enseñe absurdos misterios y dogmas incomprensibles, ese día habrá desaparecido el delincuente social y por ende el antro carcelario que hoy sirve de albergue á muchos desgraciados, á quienes la ley—madrastra implacable—ha tachado con su sanción delictuosa.

¿Queremos que esta tribuna sea el eco de los encarcelados, porque sentimos infinita tristeza por todos los que sufren. Todas las vejaciones, todos los atropellos, todos los abusos, todas las injusticias y todas las crueldades que contra los presos se cometan aparecerán en este semanario, bien publicando íntegras ó en extracto las informaciones que se nos envíen, ó bien por nuestra cuenta, con los datos concretos y verazes que se nos faciliten al efecto. Y nada más.

Al «Odia el delito y compadece al delincuente», grabado como lema en todas las Bastillas carcelarias, opondremos nosotros otro lema más hermoso y más humano, que dice: «Ama al hombre y lucha por arrancarle de su esclavitud moral y material, para que desaparezcan para siempre las cárceles y los verdugos».

* * *

¿Inauguramos hoy esta sección con la siguiente carta que nos ha sido enviada desde Córdoba:

«Amigos de TIERRA Y LIBERTAD.

Han llegado á esta prisión varios compañeros de infortunio procedentes de la cárcel de Posadas, y se quejan de lo que allí sucede.

La parte del pequeño edificio designada para mayor desahogo de los desgraciados que en ella se encuentran, les ha sido arrebatada por el jefe de la prisión y su familia.

Nosotros hacemos constar esto para que se le suba el sueldo á dicho «señor» si es que no le alcanza para pagar el alquiler de una casa como lo han venido haciendo sus antecesores, y ya que los que tuvieron la debilidad de delinquir se encuentran oprimidos bajo el peso de la ley, no se les oprima también en la reducida prisión que les agobia.

Por los compañeros de adversidad de aquella cárcel, los corrigendos, *S. Cordón Avellán* y *Juan Márquez Arranz*.

Prisión correccional de Córdoba.»

Es lo que ese director dirá: «¿Para qué quiere el preso más sitio que el en que pueda caber el reducido petate? La caridad bien entendida ha de entrar por mí y por mi familia, y á los demás que los parta un rayo.»

¿Hay para ídem en las habitaciones que ocupa el director de la cárcel de Posadas?

Pequeñeces

Un pequeño indulto y una pequeña amnistía; unos pequeños gobernantes que los conceden con pequeñas miras y unos pequeñitos políticos que hacen oposicion al pequeño indulto, á la pequeña amnistía y á los pequeñísimos gobernantes: ¡pequeñeces, hombre, pequeñeces!

Yo soy un descreído impenitente y no creo en la bondad de los diputados que piden, ni gobernantes que dan, ni prensa que chilla, ni cristo que los fundó.

Hablar en serio de estas cosazas es para temperamentos diferentes al mío; no puedo sentir indignación porque siento desprecio y condenso mis impresiones en una palabra:

¡Embusteros!

—

Yo detesto la polémica periodística porque me repugna, y no quisiera mover la pluma para fustigar conceptos vacíos que en su crónica diaria publica un periódico de la localidad que lleva por título el bíblico mote de *El Diluvio*.

Cuando conviene á este periodiquito federal-mercantilista correr una varetilla á los políticos tragones que obstruyen el comedero á aquellos á quienes Pi aplicó tan duros calificativos, saca á relucir el *bu* del anarquismo dinamitero, aventurando frases que patentizan sus hermosos radicalismos; otro día se enfurece contra nosotros en nuestras personas é ideas, y nos pone como chupa de dómine; otro día emplea á Reclús, Kropotkin (así lo escribe), etc., apóstoles del fin del mundo, y en ocasión no lejana en que un compañero nuestro opuso algunas reflexiones á las inusitadas procacidades de estos progresistas de *ful*, insertaron una gacetilla policíaca con insana intención, pero nulas consecuencias.

No pretendo de los alquilones que colaboran en los periódicos industrialistas que defienden ideas al tanto por ciento, sinceridad, imparcialidad, grandeza de miras al hacer comentarios sobre estas ó aquellas opiniones; pero si fuera deseable que cuando mueven la pluma á impulsos de las imperiosas necesidades del catómago lo hicieron con un poco, con un poquitín siquiera de nobleza y no ultrajar nombres respetables, mucho más dignos y respetables que los de todos los alquilones de industrias periodiqueras, atribuyéndoles ideas que no han emitido, con la perversa intención de desviar la opinión pública, de incularle sofismas contrarios á la razón y á la verdad.

Encaminen sus pasos por la amplia senda que conduce directamente al suculento *puchero*; no intenten obstruir el camino estrecho y recto que siguen los que aman la verdad y la ponen muy por encima de los míseros garbanzos.

—

Con motivo de la celebración de un mitin efectuado en Madrid, en el que sólo ha tomado parte el elemento femenino, dedica el periódico *El País* su artículo de fondo, en uno de sus últimos números, á ensalzar la labor de la mujer en nuestros días, pretendiendo, aunque sin conseguirlo, atribuir este *fenómeno* á la constante propaganda anticlerical de la prensa republicana.

Muchos años de predicación constante, desde la Internacional acá, han sido necesarios para desasnar los prejuicios inculcados por el cristianismo, no precisamente en los débiles cerebros de la mujer, sino en la *robusta* mentalidad de los machos, para que dé el fruto que *El País* admira.

Por mi parte alabo la hermosa labor de la mujer en las cuestiones sociales; pero no puedo menos de hacer constar que hacen falta Marías Spiridonwas.

ELADIO BERNAL.

El premio grande

La desesperación, cuando llega á su máximo límite, se convierte en la esperanza de obtener un beneficio que la delirante imaginación se forja con evidente probabilidad de realización inmediata.

Esto acontece á todo el necesitado en sus horas más amargas. Por eso, cuando se aproxima Navidad, crece, á impulso del premio grande, la esperanza de bienestar de que carecen; tanto más cuanto más precaria es la situación económica de los infortunados.

Derrotadas sus ilusiones en la anterior Navidad, desalentados y sin orientación que les mejore en su miseria y esclavitud, sin saber qué camino emprender que les salve, recurrieron al periódico político, leyeron pomposos discursos pronunciados en el Congreso por los dioses de la charlatanería, prometiéndoles el *mand*, y al aproximarse otra vez el sorteo grande, visto el negativo resultado de todo un año de promesas incumplidas, vuelven, como el náufrago que agarra una tabla, á jugar, con ahorro del estómago, á fin de que se efectúe lo que sus soñadoras imaginaciones les dictara para acabar con el hambre que constantemente les tortura.

Esta ilusión, nutrida por el insoportable avance de la escasez, cíégalos hasta el extremo de no ver en sí mismos el verdadero *premio grande*; el que no se gasta á causa de una enfermedad, de la de su compañera ó sus hijos, ni de accidentes imprevistos, como un incendio, ó de pérdidas en los negocios, en el supuesto de ser uno de los afortunados de los pocos que pueden serlo.

Un obrero á quien la suerte le da un premio grande, aun siendo éste el más grande de todos, no puedo vivir á expensas del premio por haber jugado forzosamente poco, es decir, con arreglo á su exhausto bolsillo.

Supongamos que tiene que montar una industria: empezará por abaratar el artículo que representa una cruel competencia á las de tiempo establecidas, acreditadas, con sus respectivas parroquias, con sólido crédito en la plaza y con el funcionamiento que ha regulado con ayuda de los años. La prosperidad y la tranquilidad deseada es muy problemática. El esclavo del taller pasará á ser el esclavo de la competencia, y si puede soportarla, vivirá con el jay! en la boca, aunque posea el mencionado capital en que fundaba ó se prometía la felicidad, y aun convirtiéndose además en archiexplotador de sus antiguos compañeros.

Item más: las pequeñas industrias están condenadas á desaparecer absorbidas por las grandes.

Esto nos invita á ocuparnos seriamente de las fuerzas que nos prestan nuestras energías é inteligencia y á no hacer caso alguno del *bombo* de Navidad ni de promesas de industriales políticos.

Cambiemos nuestros productos con productos elaborados por compañeros nuestros, prescindiendo de intermediarios, y habremos sacado el premio grande. Será perdurable, por no estar sujetos á contingencias de competencias ni á accidentes imprevistos que nos vuelvan á la pobreza.

No nos extraña, á pesar de lo expuesto, que estos hechos se repitan, teniendo presente con la inverosímil frecuencia que se repite el antiguo timo del portugués, pues siendo mucho más antiguo el nacimiento anual del redentor á la entrada del invierno y su crucifixión y muerte en la primavera... aun se le festeja.

Nunca faltan creyentes cándidos que traguen perdigones y que defiendan á una madre que, después de parir un redentor, se quedó tan fresca... y virgen.

F. CUETO

A los esperantistas

Hacemos saber á nuestros compañeros conocedores del «Esperanto» que pronto aparecerá redactada en dicho idioma y mensualmente, por ahora, una revista internacional revolucionaria socialista y libertaria, en París.

Esta revista cuenta con colaboradores en todas las naciones, los que informarán á sus lectores acerca del movimiento social de todo el mundo.

Deseando darle toda la importancia posible, dicha revista será ilustrada (según los ingresos) y ya quince de los mejores dibujantes figuran como colaboradores.

Piensen bien nuestros camaradas acerca de la importancia que tendrá la pronta salida de tan notable publicación.

Por esta causa se hace un llamamiento:

1.° A los suscritores (la suscrición es de seis francos al año).

2.° A todos los que puedan colaborar regularmente en ella.

Todos nuestros amigos, partidarios de esta obra, deben enviar cuanto antes el importe de las suscriciones para que la revista aparezca el 1.° de enero de 1907, á nombre de R. Louis, rue Santoinge, 3.°, París.

* * *

Con sumo gusto hemos publicado la anterior circular enviada por un estimado amigo nuestro, y deseamos vivamente el mayor éxito al nuevo adalid esperantista, cuya publicación, en las expertas manos de nuestros camaradas franceses, se robustecerá y afianzará para el mejor desarrollo del nuevo idioma que ha de servir un día para mancomunar por medio del lenguaje universal, el esfuerzo de todos los esclavos del mundo.

Por la enseñanza racionalista

En Palafrugell

Como, desgraciadamente, en esta localidad, á pesar de su relativa importancia industrial, no menudean los actos que revistan verdadero interés para la clase proletaria, es natural que al celebrarse uno tenga especial placer en apuntarlo con piedra blanca; y en verdad que se lo merece la conferencia dada el lunes 17 en la social recreativa «Centro Obrero» por el ilustrado profesor de la Escuela Moderna de ésta Sr. Juan Fernández.

El disertante desarrolló el interesante tema «La instrucción en las relaciones humanas».

Con palabra fácil y elevados conceptos demostróplenamente que en el presente siglo, siglo de investigación y análisis, el ser humano está llamado á rehabilitarse de tradicionales errores que, si bien han tenido su razón de ser en los albores de la civilización, en la actualidad pugnan y se dan de cachetes con los adelantos de la ciencia y la filosofía moderna. Puso de relieve la diversidad de creencias esparramadas por el orbe, y la supremacía que todas ellas intentan revestir en sus diversos dogmas y rituales, diciendo que en mismo forma el proceso de sus creencias inverosímiles; por lo que atañe á la religión cristiana, aparte de estar presenada en el molde de religiones fúdicas, como sus congéneres, es el producto de las nebulosidades y la ignorancia de aquellos remotos tiempos; ilujo-un sin fin de razonamientos en pro de su tesis, proclamando que sólo la instrucción racionalista es la poderosa palanca que integrará al ser humano su propia personalidad, física, moral é intelectual, y entonces en justicia podrá llamarse al hombre «rey de la creación».

Con argumentos lógicos é irrefutables puso de manifiesto las ventajas que reporta al alumno esta clase de enseñanza, basada en la ciencia y la verdad, escuela de fraternidad y amor, enemiga de los sofismas y errores que tantas lágrimas y sangre han hecho correr por el mundo. Esta instrucción hace hombres libres é inteligentes, no autómatas sin iniciativa alguna ni propia conciencia de su ser racional, como acontece en enseñanzas oficiales y religiosas, haciendo hincapié sobre el tema, puso de oro y azul á aquel *sabiondo catedrático* que dijo días pasados en pleno Congreso un sinnúmero de barbaridades respecto las escuelas modernas, lamentándose de que no estuviera allí. Sin embargo, añadió, no es extraño que apelen á la calumnia esos religiosos; consideran yven que su reinado toca á su fin, y qué no harán en sus postrimerías los que fundaron el Santo Oficio, no donde achicharraban herejes, los que quemaron á Juan Huss, atormentaron á Servet y á Galileo?

Hizo un completo estudio sobre el número de hombres relaciones con la sociedad; fustigó los errores y convencionalismos que se usan aún en enseñanzas mediocres; anatematizó la barbarie moderna conocida con el nombre de *guerra*, y á este propósito hizo una sucinta reseña de aquel aventurero, teniente de artillería, conocido en la historia con el nombre de Napoleón el *Grande*; analizó, aunque de modo parco, las relaciones económicas entre el capital y el trabajo, abogando por la reivindicación de este último, y concluyó haciendo un llamamiento á los hombres de buena voluntad y sinceros sentimientos á que cooperaran á esta obra magnánima, á liberar el mundo de errores é injusticias fomentando la instrucción basada en la ciencia y las enseñanzas de la historia.

Y así terminó la agradable y provechosa velada que nos dió el ilustrado profesor de la Escuela Moderna, en la que puso de manifiesto las relevantes dotes que posee. De desear sería que la clase trabajadora de la localidad atendiese como es debido las lecciones que se desprenden de la disertación del profesor Jean Fernández y coadyuvara al éxito de la obra común.

Interesamos á *El Nuevo Distrito*, y no dudamos ser atendidos, la labor emprendida por el profesor de la Escuela Moderna de ésta.—*El Corresponsal*.

En Torelló

Va tomando cada día más incremento la escuela libre de esta población, actualmente dirigida por nuestro compañero Juan José Oriol, quien ha procurado dar á la misma nueva orientación, basada en la instrucción sana y racional, inculcando en la niñez los sanos principios del amor y la verdad sin prejuicios de ninguna clase. Tal vez debido á este régimen y al afán de instrucción que sienten las familias de los alumnos, se ve cada día más concurrida por párvulos y adultos, y creemos que siguiendo este camino pronto dará dicha escuela los resultados prácticos que son de esperar, proporcionando á la sociedad hombres instruídos y despojados de toda preocupación perniciosa, tan fatal para la sociedad actual.

Compañeros: con las escuelas racionales se practican las ciencias modernas y se hacen hombres conscientes.—*La Comisión*.

¡El pan sube!

La sola noticia del recargo transitorio sobre los trigos y harinas, extranjeros, ha producido gran marejada entre los fabricantes de harina y de pan.

No se crea que tales protestas sean motivadas del orden, de la paz y de la justicia. Maura es un hombre. Deseamos que Maura ocupe pronto la poltrona del gobierno para desagraviar á ese trípode conservador que es la fuerza del poder y... el sostenimiento de la familia. ¡Y poco que le guste á D. Antonio que le den con la badila en los nudillos!

Tribuna Pedagógica

III

Del mismo modo que se crearon impedimentos para entorpecer el ingreso de los niños en las escuelas gratuitas, dificultaron la admisión de las niñas, y si la enseñanza de aquéllos adolece de brutales defectos, en las escuelas municipales y católicas, no es menos denigrante y embrutecedora la que el profesorado oficial y las hermanitas de la *santa doctrina* ofrecen á las desdichadas hijas de la clase trabajadora.

Contra esta *felonía instructiva* premeditada contra la infancia, fundáronse las escuelas protestantes, que en poco tiempo se desacreditaron entre nosotros, por su carácter puramente religioso; y los partidos políticos *radicales* crearon, al amparo de sus casinos y comités, las célebres *escuelas laicas*.

Estas comenzaron bien, y así continuaron las del «Libre pensamiento», hasta que éste tomó el carácter de partido político; entonces el *laicismo* sustituyó la religión católica por el sagrado culto á las leyes, cambiando el nombre de *Dios* por el de *Patria* y trocando los cánticos rituales á la virgen por las estrofas á los prohombres republicanos, con música de la Marsellesa, y el catecismo por los libros de texto de Belén Sárraga.

Convertir nuestro semejante en animal de caza es una monstruosidad que solamente al hombre se le ha ocurrido y de la cual es culpable. Llamando animal á esta faz de la guerra he injuriado á las bestias.

LETOURNEAU

Vistazo semanal

Un señor escribano que entiende, ó que no entiende una palabra, en la causa de Ferrer, Nakens y demás, y que se llama Aguilar y Mora, como pudiera llamarse de otro modo, ha tenido la feliz ocurrencia de publicar una carta en los periódicos madrileños anunciando que «si Ferrer fuese condenado, renuncia á las costas que pudieran corresponderle, á favor de los niños recluso en las cárceles de Madrid».

Este escribano nos ha resultado un clínico de primera. Se ha puesto el parche antes que le salga el grano.

Lo sentimos por los pobres chicos, quienes no podrán comprar con el regalo del escribano ni una mala pluma de ave.

—

¡Si serán bárbaros los carlistas de Oliete que se han liado á pedradas y á tiros con un tren al pasar éste por un desfiladero! Hace tiempo que los partidarios de Chapa cultivan estas manifestaciones.... desde lejos, y como la cabra siempre tira al monte, les domina esta afición, que aprendieron de sus padres, de sus abuelos y de sus tatarabuelos.

La ley de herencia en los brutos de Oliete es muy uniforme y guijarrosa.

—

Se dice, se murmura, se susurra que se han lanzado otra vez en aventuras peligrosas, por las montañas de Cataluña, algunos carlistas ó católicos, porque la cosa no está muy católica, es decir, muy clara, al grito de Dios, Patria y ¡Sus á los trenes!

Nos sentimos enardecidos ante el bélico ardor de los correligionarios de Cucala, que aun siento arder en sus pechos las ahorcadas de la última etapa de su gloria en 1876. ¿Alguno de ustedes ha visto por ahí á Socas, ese Bargossi de la moderna *caballería* carlista? Los decimos para que si lo ven, le den expresiones de nuestra parte... ¡porque nosotros nos morimos por los vivos y por los frescos!

—

Respiremos.

Las bombas de Villamanrique, después de pasar por hábiles manos de policías que las han examinado y tocado con pulcritud y esmero, han resultado ser unos *bombos* de hojalatería con materias yodo-fecales fulminantes. Los detenidos, unos pobres diablos que... no son suscriptores de este periódico, se entretienen en llenar cencerros, cuernos y boliches de cama con esas materias que no nombramos más por su mal olor.

¿Para qué cuernos querían esos ídem tan adornados? ¡Misterios de algún burguesote de Villamanrique, que profundamente respetamos! La policía y el *antropometro* que tienen al cargo del suceso, han vuelto á Madrid con los boliches, los cuernos y el cencerro.

¡Tolón, tolón, tolón... buen viaje!

—

Los católicos franceses, con *eso* de la expulsión, que nos parece admirablemente bien, están que trinan, rabian y muerden. Esto último lo hacen con objeto de poder decir los clericales el mano de un comisario de policía que se atrevió á decir á su excelencia que «ahuecara el ala». El obispo de Meaux (¡malo!) se desmayó de disgusto, como cualquier damisela sentimental, y hubo algún otro que se cogió á una puerta gritando «que no se le arrojaría de su casa, que era la casa del señor!

¡Oh mansedumbre religiosa! ¡Oh desprendimiento de los bienes terrenales! Admiremos á estos varones esforzados que chillan, lloran, patean y muerden antes que perder la pitanza material, (¡ejem!—Con que suenan en sus oraciones celestiales.

—

Leemos que una joven de veinte años pretendió arrojarse al mar en compañía de una hija suya de dieciocho meses.

Ese maldito anarquismo que tantas víctimas ocasiona. ¿Verdad, señores del Comité de Defensa Social?

... ¡Y pensar que esa infortunada joven, si logra realizar el doble suicidio, no hubiera podido participar del trono de Cuelgamuros!

Pero con resultado sorprendente y grato, en la extinción del analfabetismo y las mejoras instructivas que se adivertan entre aquellos inteligentes campesinos.

De allí surgen entre la masa trabajadora escritores anarquistas como Curro García, Bocanegra, Ríos, Valiente, Torralvo, Barroso, Guardado, Crespo, Rodríguez y otros muchos, que sueltan el arado para redactar ó dirigir un periódico, cubrir una plaza de profesor ó escalar una tribuna; aquella juventud obrera convierte en salón de lectura las gañanías y adorna los *frontiles* de las yuntas con periódicos y folletos, sustituyendo las moñas y los caireles antiguos por los trofeos de nuestra libre literatura.

Y si estos míseros ensayos de instrucción racionalista han producido tan bizarros resultados, ¿por qué no seguir con ímpetu viril hasta terminar la obra emancipadora?

La instrucción primaria de la clase trabajadora carece de los elementos primordiales y necesarios para su indispensable desarrollo; el hijo del trabajador, el trabajador mismo, con más derecho que el burgués, necesita locales amplios, higiénicos y confortables donde instalar sus escuelas modernas, puras libres, bien retribuídos, con material suficiente para enseñar cada uno—20 ó 30 niños solamente—, bibliotecas y colecciones, aparatos para experiencias elementales y demás útiles propios de la enseñanza.

Para conseguir esto, dentro del actual orden social, necesita el trabajador DINERO. ¿Qué no lo tiene? Gastadilla está la frase, antigua se va haciendo la sentencia, pero nunca ha podido usarse más á tiempo: «¡La unión constituye la fuerza», y en la ocasión presente podemos decir que «la unión constituye el DINERO».

¿Que cómo ha de hacerse el milagro?

En el artículo próximo lo diremos.

GARÍN

La revolución y la propiedad (1)

Los grandes propietarios hacen mal y se engañan si pretenden resistir á la evolución indispensable, puesto que la legitimidad de una gran parte de la propiedad actual es en extremo fácil de combatir. Ante la burguesía gubernamental debe presentarse el dilema de: si la revolución ha de continuar viva ó muerta; si, por el contrario, debe producir sus efectos.

¿Qué hombre de Estado osará hoy sostener en la tribuna la confiscación por la Asamblea Constituyente y por la Convención de los bienes del clero y de la nobleza? ¿Qué ministro de Instrucción pública tolerará en la enseñanza oficial la reprobación de sus grandes actos? Y, por tanto, el derecho á imperar del Estado? ¿Qué miramientos me tratarían ya mis queridos hermanos del «Santo Espíritu»?

El viejo, con el rostro abarrachado por la cólera y los ojos chispeantes, manotea frenéticamente. Sólo parecía que con sus iracundas miradas, quisiera confundir á su hija.

Esta se hallaba sentada á su lado, pensativa y congojosa, mondando patatas, que iba introduciendo, luego de troceadas, en el humeante puchero, que hervía sobre un hornillo de latón y yeso.

Las gallinas, con el arrogante gallo á la vanguardia, correteaban alegres, picoteando en todas partes y restregándose en la tierra de las sombras, por encontrar algo de frescor á sus hirvientes cuerpos. Los polluelos corrían en torno de la clueca y en derredor de Roseta, subiéndose en las piernas y pidiéndola con sus tiernos piidos la comida de la tarde.

—Pues sí, lo dicho; como sepa que vuelves á dirigirle la palabra, en esta casa no entrarás más. Ya que te empeñas, sufrirá de verte morir como una mala perra en el arroyo; pero mi conciencia no me pedirá estrecha cuenta ante Dios. El mismo padre Chusep me lo dice con el ardiente y desinteresado celo que muestra en todo á lo que á mí atañe: «Quelo, no debes consentir á tu hija que entregue su linda mano á ese demonio en figura humana, que colabora en esos libelos de la ciudad, dirigidos por Satán, en que tantos estragos causan en la juventud de hoy día. Sería la perdición de Roseta y un intachable borrón á tu familia, que yo ni ningún buen católico te perdonaríamos jamás.

El viejo labrador calló, esperando respuesta satisfactoria de su hija.

Dos lágrimas silenciosas surcaron las mejillas de la huertanita, que con los reflejos solares, parecían el deslizar de dos perlas en diáfano plato de oro.

Al nombrar al clérigo, la joven sentía escalofríos; aquel hombre de virtud tan ponderada por el fanatismo campestre, de sabiduría tan adulada por el caciquiato, ser afeminado y medrosico, la daba miedo.

Seguía cabizbaja; una lucha de pasiones agitaban su mente; el pecho tendía á dilatarse para dar salida á la protesta viril, á la rebeldía del amor que camina con gigantescos pasos al ultraje y necesita vindicarse.

El secreto que el padre Chusep le había revelado en un momento de fiera ira, el año, no podía quedar inmune ante el que despreciando todas las galas que natura le proporcionó al dar germen á un ser, al que el más preciado vocablo del diccionario, el calificativo de padre, lo sustituyo por el de juez austero é inexorable, había que relatarle, como verídico testigo, la villana proposición del *bátar*.

Resurgía en su imaginación el «te amo» que el coronado le había pronunciado dos meses ha, y sentía repugnancia, al compararlo instintivamente con el otro «te amo» que, enloquecido por los celos, le profería su querido Pepe. Sin embargo, Roseta se esforzaba, comprendiendo las consecuencias, en no pronunciar su acusación; pero un rayo de luz vivid, un destello de libertad le resumía su educación y le impulsaba á la rebeldía.

No podía resistir más; la protesta brotaba espontáneamente de sus carminosos labios.

—Pues bien, padre,—dijo;—ya que Y. tanto se empeña que sea toda mi vida una desgraciada tratando de.....

—Tú callarás, que mientes en mi presencia á tal individuo,—interrumpió el *tío Quelo*.

—Sí, acabó. El móvil que impulsa á D. Chusep á impedir mis amoríos, disuadiéndole á V. para que los evite, no es el de ver en Pepe un intachable borrón á la familia, sino un terrible enemigo á los que el amor rivalizó.

Su cara tomaba esa expresión sublime de arrogancia, característica de seres equilibrados y nuevos.

—Me lo dijo hace dos meses: Roseta, te amo; dispensa mi atrevimiento, indigno de mi sagrado ministerio; pero el amor me vence, no puedo más... Tú entras en casa en calidad de ama de llaves; el pueblo nos mirará con recelo, y nos sospechar en nada malo y la alegría será nuestro nido de ventura.

—¿Has terminado ya, blasfema? ¿Crees que me vas á convencer, tratando de hacerme ver infamias que no existen? Vete dentro; por ahora te prohibo que ni te asomes á la puerta. ¡Maldita!

—¡Quién me lo había de decir!—exclamaba sollozando.—Mi hija tratando á un representante del Señor como al más vejado criminal! ¡Dios mío, no me dejéis de vuestra santa mano en esta espantosa tribulación! ¡Iluminadme!

* * *

Eran las cuatro de la mañana. Los gallos saludian perezosamente sus vistosas alas, entonando el *qui, qui, ri, qui*, que era contestado por otro igual, resultando en la soledad esta infernal algarabía como formidable saludo al amanecer.

Las caballerías se revolvían ante los vacíos pesebres, relinchando de impaciencia por la tardanza de su esperado pienso, pues ya vislumbraban la hora de los aparejos y el látigo.

En la huerta del *tío Quelo* el más sepulcral silencio reinaba; sólo denotaba la vida en ella el animado idilio que, aprovechando las impropias y robadas horas al reposo, sostenían los dos amantes, á la puerta de la misma.

Había transcurrido una semana desde que la labradorcilla refirió á su padre la proposición del Consurado.

Con promesas de fidelidad perenne; absortos, ensimismados, se hallaban en su más alto grado de pureza sentimental, y que ningún genio poético trasladaría al papel con tanta naturalidad aquel cuadro de tamaña plasticidad.

—Mi bien,—la decía el poeta,—las vicisitudes terribles que atraviesa un amor incólume como el nuestro, de un querer que sufre con arrogancia las picotadas rapiñeras de los cuervos clericales, en vez de truncarlo éstos lo fortifican y eternizan.

—Es verdad, Pepe; yo sigo amándote con toda mi alma; mi existencia sólo se condensa en ti; por tu amor, sufro con resignación los sinsabores que en esta casa me acompañan.

—¿Cómo? ¿Acaso tu cuerpo es blanco de procedimientos inquisitoriales que no se han abolido jamás? Dime... confiésamelo todo; yo sabré vengarte matando, sepultando al autor, que me separa de ti y de tus días.

El escritor se expresaba con tal vehemencia juvenil hija legítima de los modernos, de los que aspiran á ser libres, y sus palabras subyugaban á la joven, que la contemplaba entristecida, sin atreverse á dar Pepe la menor noción de los cruentos castigos que su padre con la ayuda del cura le imponían, pues sabía muy bien que como se la presentara vengarse, y en la sanción de las leyes sale perjudicado si